

aguas del mar Caspio en donde perecen antes de entregarse a la crueldad diabólica del enemigo. Según el autor son cerca de 60,000 los armenios que mueren, en esa ocasión.

Entretanto, la revolución bolchevique arroja a los magnates del petróleo de sus fastuosas viviendas. Y Essad Bey, con su padre, se ven obligados a partir a través de las más extrañas regiones, a veces expuestos a los peligros más inesperados, de los cuales se sale siempre bien en Oriente, cuando se lleva bastante dinero, y buenas armas y servidores fieles con que defenderlo. En el Turquestán, se ven, además, expuestos a una terrible enfermedad, el tindinka, que es una afección de origen desconocido. y contra la cual nada puede la ciencia de occidente. Consiste en una manchita roja que aparece en el rostro, a la cual siguen otras y otras, hasta convertir la cara en una horrible máscara roja. Ataca principalmente al europeo y si le llega a la vista queda ciego irremisiblemente. Sólo el «hakim», especie de médico del desierto, conoce una salvia contra este mal. Los hakims saben los más estupendos secretos para curar enfermedades. También practican habilidades tan prodigiosas como las de cambiar el color de los ojos. Según la moda, en el Turquestán, todas las mujeres deben tener las pupilas negras, lo contrario, es una especie de maldición de Alah. Los curanderos, mediante una pomada que ellos hacen cociendo muchas yerbas misteriosas, logran hacer este milagro, de cambiar en negras unas pupilas claras.

El libro de Essad Bey, es una cinta cinematográfica, en la que vamos viendo panoramas de maravilla y costumbres exóticas a través del Turquestán y Persia. Un capítulo donde habla de Samarcanda nos da la impresión de existir aún el Oriente de la leyenda, donde en cualquier momento es posible encontrarse con Aladino.—*Luis Durand.*

FLOR LUMAO, novela de *Lautaro Yankas*.—Edit. Cultura.

En esta novela, Lautaro Yankas, enfoca el problema del colono, nuevo dueño de las tierras del sur, frente al indio, antiguo

poseedor de ellas, a quien el alcohol, los tinterillos y la audacia de los advenedizos ya sean chilenos o extranjeros que llegan hasta allí, han ido estrechando hasta dejarlos reducido a su ruca y a unos cuantos terrenos, que por un resto de decencia no le pudieron quitar. Yankas es un escritor de temperamento vigoroso, y original. Conoce bien el campo chileno y a más de interesarle, manifiesta sentir afecto por él y sus habitantes.

A través de su novela, conocemos la situación de los últimos hombres de la raza aborígen, quienes siguen siendo víctimas de la codicia de los colonos que ahora pueblan las tierras de sus antepasados, y que todavía no están contentos con lo que tienen. Pero el indio, reacciona lentamente de su modorra ancestral. Para él no hay diferencia entre chileno o extranjero. Todos son «huincas» ladrones y atropelladores que constituyen una amenaza permanente para sus bienes y sus vidas. Se advierte en todos ellos la desconfianza que existe de su parte, hacia los que ahora son los amos. Un encono sordo los divide. Y al hombre que nació y no vió otra cosa que la maraña susurrante de la selva, no le queda otra cosa que refugiarse en su tristeza que trata de aminorar bebiendo siempre. Sus reclamos son inútiles, la razón la tiene siempre el huinca que los desprecia y los molesta cada vez que puede, ya sea si los encuentra dentro de su predio, a donde se han metido para acortar camino, o cuando se pierde alguna bestia de la hacienda.

Esto, según la novela de Yankas, que como decimos conoce de cerca el problema y lo ha estudiado con interés. Pero, quien sabe si en el momento actual, el cuadro resulta un poquito recargado de crueldad de parte del colono, a quien mal que mal la justicia ha ido reduciendo poco a poco, y detenido en su desmedida avaricia. Creemos que ha pasado la época funesta de «matar y tapar con ramas» como se hacía hasta los comienzos de este siglo, en que cada hacendado era un especie de señor feudal, pues la raza haciendo uso de sus últimas reservas vitales bien encauzadas por la influencia dignificadora de los misioneros de la Araucanía, ha producido algunos hombres de esfuerzo y evidente valor intelectual, que han conseguido llegar hasta el Con-

greso a hacer oír la voz de su raza atropellada injustificadamente.

Esto en ningún caso resta méritos a la novela de Yankas que es un documento vivo y palpitante de una época triste que afortunadamente ya, si no ha pasado del todo, se ha mejorado mucho. Quien esto escribe ha visto en su niñez, algo de lo que el autor cuenta en «Flor Lumao». Por ese tiempo Traiguén, era un poblachón en cuyas calles el sesenta por ciento de las gentes que se veían eran mapuches. Ellos tenían sus reducciones muy próximas al pueblo y venían a éste a vender sus productos: ají, cebollas, tortas de culli, tejidos, aves y corderos. Pero todo el dinero quedaba en las cantinas del pueblo. El indio después de una semana de borrachera volvía a su ruca más infeliz de lo que había venido. Así llegaba el invierno y lo encontraba hambriento y casi desnudo. Entonces el agenciero, le compraba a cambio de unas cuantas monedas, cántaros de vino o varas de tocuyo, muchas cuadras de tierra.

Yankas ha novelado esta época. Su libro tiene y tendrá evidentemente, a más del literario, un valor documental. Su novela nos presenta el caso de cómo un hacendado, Marcos Strobel, de origen alemán, atropella, mata y roba sus tierras a los indios vecinos, sin más trabajo que correr los alambres de sus deslindes. También siente amor, o más bien deseos por una indiecita hermosa, Flor Lumao. Es el amo, duro y cruel señor, y todas las dificultades desaparecen ante el logro de sus deseos.

El autor nos ofrece además, en su libro la pintura de tipos muy bien observados, como ese Segundo el administrador, que no trepida ante nada, en el servicio del patrón. El fatalismo, resignado en apariencias, del indio, está admirablemente captado en estas páginas, con su dolor, oscuro, silencioso.

El relato es a la vez que recio, vivo e interesante. Coge al lector que se siente trasladado a esas tierras. En cada página quien ha vivido allí encuentra algún aspecto de la vida campesina, que hace surgir en su mente muchos recuerdos que ya creía adormecidos para siempre. Yankas no es idílico, por el contrario, hay en él una fuerte inclinación a lo trágico, y su temperamento afronta audaz y sólido este aspecto de su creación litera-

ria. Al paisaje como hombre enamorado de su tierra, le da la importancia que merece. En su novela «Flor Lumao» hay descripciones bellísimas de la selva austral, de sus ríos, de sus sembraderas inmensas. Todo envuelto en un hálito oloroso, a trigos maduros, a bosques recién verdecidos, saturado de ese encanto inolvidable de las tierras del Sur. Ese hermoso libro de Yankas, nos da la idea de lo que será capaz de alcanzar su mente creadora, en los libros que nos anuncia, que estamos seguros conseguirá realizar espléndidamente.—*Luis Durand.*